

## Las resistencias a la 'doctrina del *shock*' en América Latina

---

Naomi Klein

En breve llegará a su fin el contrato de la mayor y más importante base militar estadounidense en América Latina. La base está ubicada en Manta, Ecuador, y Rafael Correa, el presidente izquierdista de ese país, ha anunciado que sólo lo renovaría "con una condición: que nos dejen poner una base similar en Miami, una base ecuatoriana. Si no hay problema con que haya soldados extranjeros en el suelo de cualquier país, estoy seguro de que nos permitirán mantener una base ecuatoriana en Estados Unidos".

Dado que un fortín militar ecuatoriano en South Beach es una posibilidad remota, es muy factible que la base de Manta, que sirve como sitio de escala para la "guerra contra las drogas", pronto se cierre<sup>1</sup>. La desafiante posición de Correa no es, como han pretendido algunos, una posición contra Estados Unidos, es más bien parte de una amplia gama de medidas que están adoptando los gobiernos latinoamericanos, para que el continente sea menos vulnerable a las crisis y *shocks* provocados desde el exterior.

---

1 NDE El gobierno ecuatoriano cerró la Base de Manta el 18 de septiembre de 2009.

Es un proceso trascendente porque, en los últimos treinta y cinco años en América Latina, esos *shocks* provocados desde el exterior han servido para crear las condiciones políticas que justificaron la imposición de la “terapia de *shock*”, es decir, una constelación de medidas económicas de emergencia favorables a las corporaciones, tales como las privatizaciones a gran escala y los enormes recortes al gasto social, que debilitan al Estado en nombre del libre mercado. En uno de los ensayos que mayor influencia tuvo, el ya fallecido economista Milton Friedman fundamentó la panacea táctica medular del capitalismo contemporáneo, que yo denomino como la *doctrina del shock*, al afirmar que “únicamente una crisis –verdadera o forjada– produce un cambio real. Cuando tal crisis sucede, las acciones que se toman dependen de las ideas existentes en el entorno”

América Latina siempre ha sido el principal laboratorio para esta doctrina. La primera vez que Friedman experimentó cómo explotar una crisis a gran escala fue a mediados de 1970, cuando asesoró al dictador chileno General Augusto Pinochet. En ese entonces, los chilenos/as no sólo se hallaban en estado de conmoción tras el violento derrocamiento del Presidente socialista Salvador Allende, sino que el país también sufría una grave hiperinflación. Friedman recomendó a Pinochet una acelerada transformación de la economía: reducción de impuestos, libre comercio, privatización de servicios, recortes al gasto social y desregulación. Fue la más extrema maniobra capitalista que se haya logrado, luego fue conocida como la “revolución de la Escuela de Chicago” debido a que muchos de los principales asesores y ministros de Pinochet habían estudiado con Friedman en la Universidad de Chicago. Un proceso similar se puso en marcha en Uruguay y Brasil, y años más tarde en Argentina, también con la ayuda de graduados y profesores de la Universidad de Chicago. Estos programas económicos fueron facilitados por *shocks* mucho menos metafóricos, perpetrados en muchas celdas de tortura de la región, con frecuencia por soldados y policías entrenados por Estados Unidos y dirigidos contra aquellos activistas que, según ellos, podían interferir en la ‘revolución económica’.

En las décadas de 1980 y 1990, mientras las dictaduras cedían el paso a frágiles democracias, América Latina no pudo escapar de la *doctrina del shock*. Más bien, nuevos experimentos de estos prepararon el terreno para una nueva ronda de terapia: “el *shock* de la deuda” de principios de los 80, seguido por una ola de hiperinflación y repentinos derrumbes en los precios de las materias primas de los que esas economías dependían.

Actualmente, sin embargo, en América Latina se están repeliendo las nuevas crisis y los antiguos *shocks* están desgastándose. Gracias a una combinación de tendencias, se está logrando no sólo que el continente sea más resistente a cambios inducidos desde afuera, sino que se está desarrollando un modelo de futuro mucho más resistente a la *doctrina del shock*.

Cuando Milton Friedman falleció en 2006, la búsqueda global por el capitalismo total, que él ayudó a inaugurar en Chile tres décadas antes, estaba en pleno caos. Los obituarios estaban llenos de elogios, pero muchos expresaban una sensación de temor, que hacía pensar que la muerte de Friedman marcaba el fin de una era. En el *National Post* de Canadá, Terence Corcoran, uno de los discípulos más devotos de Friedman, se preguntaba si sería posible que el movimiento global que el economista había ayudado a inspirar, continuase, “Como último gran león de la economía de libre mercado, Friedman ha dejado un vacío.... Ningún ser vivo se le equipara. ¿Sin una nueva generación de liderazgo intelectual sólido, carismático y capaz, podrán sobrevivir a largo plazo los principios que Friedman elaboró y por los que luchó? Es difícil saberlo”.

Realmente parecía improbable, los herederos intelectuales de Friedman en Estados Unidos, el grupo de pensadores neoconservadores que usó la crisis del 11 de septiembre para poner en marcha su auge económico basado en el negocio privado de armas y la “seguridad nacional”, se encontraban en el punto más bajo de su historia; el apogeo político republicano, que se cristalizó con la toma del Congreso estadounidense en 1994, se derrumbó en el 2006 por el resur-

gimiento de una mayoría demócrata, justo nueve días antes de que Friedman falleciera. Los tres elementos clave que contribuyeron a la derrota republicana en las elecciones de medio término de 2006 fueron: la corrupción política, la mala gestión de la guerra de Irak y la percepción, mejor expresada por Jim Webb un candidato demócrata que ganó una curul en el Senado de Estados Unidos, de que el país había sido desviado hacia “un sistema de clases, como no habíamos visto desde el siglo XIX”.

Sin embargo, en ningún otro lugar fue mayor la profundidad de la crisis del proyecto económico que donde fue creado: América Latina. Washington siempre consideró al socialismo democrático como un peligro mayor al del comunismo totalitario, que fue fácil de desprestigiar y resultó ser un enemigo oportuno. En las décadas de los 60 y 70, la táctica escogida para manejar la inconveniente popularidad del nacionalismo económico y el socialismo democrático fue tratar de equipararlos con el estalinismo, empañando deliberadamente las evidentes diferencias entre ambas visiones del mundo.

Un lúgubre ejemplo de esta estrategia proviene de los primeros días de la cruzada de Chicago, y se halla entre los documentos desclasificados sobre Chile. A pesar de la campaña financiada por la CIA que proyectó una imagen de Allende como la de un dictador al estilo soviético, la verdadera preocupación de Washington sobre la victoria de Allende fue explicitada por Henry Kissinger, en un memorando dirigido a Nixon en 1970: “El ejemplo de un gobierno marxista elegido constitucionalmente tendrá, sin duda alguna, un impacto –e incluso creará un precedente– en otras partes del mundo, especialmente en Italia. La propagación imitadora de fenómenos similares en otros lugares, a su vez, afectará de modo significativo el equilibrio del mundo y nuestra posición en el mismo”. En otras palabras, Allende debía ser eliminado antes de que su tercera vía democrática se propagara.

Pero el sueño que representó Allende nunca fue derrotado, apenas fue temporalmente silenciado y disimulado por temor. Este es el motivo por el cual, a medida que América Latina resurge de sus décadas

de *shock*, las antiguas ideas están saliendo de nuevo a la luz, junto con la “propagación imitadora” que Kissinger tanto temía.

Para el año 2001, resultaba imposible ignorar el cambio. A mediados de los 70, el legendario periodista argentino de investigación Rodolfo Walsh, consideró que el ascenso de la economía de la Escuela de Chicago bajo la dictadura militar era para la izquierda un revés y no una derrota definitiva. Las tácticas de terror usadas por los militares habían colocado al país en estado de *shock*, pero Walsh sabía que ese *shock*, por su propia naturaleza, era una situación temporal. Antes de ser acribillado en las calles de Buenos Aires en 1977 por agentes de la seguridad argentina, Walsh estimó que tomará entre veinte y treinta años para que los efectos del terror se desvanezcan y los argentinos retomen su marcha, coraje, confianza y estén nuevamente listos para luchar por la igualdad económica y social. Fue en 2001, veinticuatro años después, que la Argentina salió a las calles a protestar contra las medidas de austeridad fijadas por el Fondo Monetario Internacional y depuso a cinco presidentes en apenas tres semanas.

Cuando la gente exclamaba “¡La dictadura terminó!”, quería decir que había tomado diecisiete años de democracia para que el legado del terror se desvaneciera –tal como Walsh había predicho.

Desde entonces, ese renovado coraje se ha extendido a otros caducados laboratorios del shock en la región. A medida que la gente se despoja del miedo colectivo que instauraron con tanques y picanas, con repentinas fugas de capital y feroces recortes, muchos ahora exigen más democracia y más control sobre el mercado. Estas demandas representan la mayor amenaza al legado de Friedman, porque ponen en peligro su principal enunciado: el capitalismo y la libertad son parte del mismo proyecto indivisible.

Uno tras otro, los más acérrimos opositores a la economía neoliberal en América Latina han venido ganando las elecciones. El presidente venezolano Hugo Chávez se presentó a las elecciones con la plataforma del “Socialismo del Siglo XXI” y fue reelegido en 2006 para su

tercer período, con 63 por ciento de los votos. A pesar de los intentos del gobierno de Bush por proyectar una imagen de Venezuela como una pseudo-democracia, una encuesta realizada ese año mostró que 57 por ciento de los venezolanos está contento con su democracia; así, Venezuela ocupa el segundo nivel de aprobación en el continente, solo después de Uruguay, donde la coalición de izquierda Frente Amplio fue elegida para gobernar y donde una serie de referendos bloquearon las principales privatizaciones. Visto de otro modo, en dos naciones latinoamericanas donde las elecciones constituyeron verdaderos desafíos al Consenso de Washington, los ciudadanos renovaron su fe en el poder de la democracia para mejorar sus vidas.

Desde el colapso de la Argentina en 2001, la oposición a las privatizaciones se ha convertido en un tema definitorio en el continente, y es 'el' argumento central tanto para encumbrar como para derribar gobiernos, al punto que hacia finales del 2006 había creado prácticamente un efecto dominó. Luiz Inácio Lula da Silva fue reelegido presidente de Brasil, principalmente porque convirtió el voto en un referendo sobre la privatización, al punto que su opositor, perteneciente al partido responsable de los mayores remates de bienes públicos en los 90, recurrió a disfrazarse como un piloto socialista de NASCAR, vestido con una chaqueta y un gorro de béisbol cubierto de logos de las compañías públicas que aún no se habían vendido, pero no logró convencer a los votantes y Lula obtuvo el 61 por ciento de la votación. Más adelante, en Nicaragua, Daniel Ortega, ex presidente sandinista, hizo de los frecuentes apagones el centro de su exitosa campaña; aseveró que la venta de la compañía eléctrica nacional a la firma española Unión Fenosa, después del huracán Mitch, fue la raíz del problema. "¿Quién trajo a Unión Fenosa a este país?: el gobierno de los ricos, aquellos que están al servicio del capitalismo barbárico".

En noviembre de 2006, las elecciones presidenciales en Ecuador también se convirtieron en un campo de batalla ideológica. Rafael Correa, 43 años, economista de izquierda, resultó vencedor frente a Álvaro Noboa, un magnate del banano y uno de los hombres más ricos del país. En su campaña Correa hizo un llamado a "derrotar todas

las falacias del neoliberalismo". Tras su victoria, el nuevo presidente ecuatoriano se declaró como "anti fan de Milton Friedman". Para entonces, el presidente boliviano Evo Morales estaba por terminar su primer año de mandato. Luego de enviar al ejército a retomar los campos de gas del "saqueo" de las transnacionales, procedió a la nacionalización de importantes sectores de la minería. Ese año, en el Chile liderado por la presidenta Michelle Bachelet – que había sido prisionera bajo Pinochet – estudiantes secundarios organizaron una ola de protestas militantes en contra del sistema educativo de dos niveles introducido por los *Chicago Boys*; poco después, los mineros del cobre de ese país hicieron también sus huelgas.

En diciembre de 2006, un mes después de la muerte de Friedman, los líderes de América Latina se reunieron en una cumbre histórica en la ciudad de Cochabamba, Bolivia, donde unos años antes un levantamiento popular contra la privatización del agua obligó a la compañía transnacional Bechtel a salir del país. Morales dio inicio al acto haciendo votos por cerrar "las venas abiertas de América Latina", haciendo referencia al libro de Eduardo Galeano, un ensayo histórico que relata el violento atraco que convirtió en pobre a un continente rico. El libro se publicó en 1971, dos años antes de que Allende fuese derrocado por atreverse a tratar de cerrar las venas abiertas mediante la nacionalización de las minas de cobre de su país. Este último evento abrió una nueva era de pillaje feroz, durante la cual las estructuras construidas por las tendencias desarrollistas del continente fueron saqueadas, despojadas y liquidadas.

En la actualidad, los latinoamericanos/as están retomando su proyecto, que fuera tan brutalmente interrumpido en esos años. Muchas de las políticas que están floreciendo nos son familiares: nacionalización de sectores clave en la economía, reforma agraria, mayor inversión en educación, alfabetización y salud. No son ideas revolucionarias, pero sin ninguna duda son medidas gubernamentales que ayudarán a lograr la igualdad, y que constituyen, además, un cuestionamiento de la afirmación que Friedman hiciera en 1975, en una carta a

Pinochet: “el principal error, en mi opinión, fue... creer que es posible hacer el bien con el dinero de otros”.

Si bien las actuales tendencias de cambio en América Latina están claramente inspiradas en una larga historia de rebeliones, no son copias directas de sus predecesoras. De todas las diferencias, la más sorprendente es una aguda percepción de la necesidad de protegerse de los *shocks* aplicados en el pasado: los golpes de Estado, las terapias de *shock* foráneas, los torturadores entrenados en Estados Unidos, así como los *shocks* de la deuda y desplomes de moneda. Los movimientos de masas de América Latina, que han sido el motor de la ola de elecciones victoriosas de los candidatos izquierdistas, están aprendiendo a construir amortiguadores de *shock* en sus modelos organizativos, están, por ejemplo, menos centralizados que en los 60, lo cual hace más difícil desmovilizar movimientos enteros eliminando a unos pocos líderes. A pesar del arrollador culto a la personalidad que rodea a Chávez y de sus controversiales movidas para centralizar el poder en el Estado, las redes progresistas en Venezuela están altamente descentralizadas y tienen el poder disperso a niveles de base y de comunidades, a través de miles de consejos vecinales y cooperativas. En Bolivia, los movimientos indígenas que llevaron a Morales al poder funcionan de la misma manera y han dejado en claro que Morales no goza de su apoyo incondicional: lo respaldarán siempre y cuando se mantenga fiel a su mandato democrático. Este enfoque de redes fue lo que le permitió a Chávez sobrevivir al intento de golpe en el 2002, cuando la revolución se vio amenazada, sus partidarios bajaron de los barrios pobres que rodean Caracas para exigir su reinstauración, un tipo de movilización popular que no ocurría durante los golpes de los 70.

Los nuevos líderes de América Latina también están tomando audaces medidas para bloquear cualquier futuro golpe patrocinado por Estados Unidos, que pudiera tratar de menoscabar sus victorias democráticas. Chávez ha hecho saber que si algún elemento de extrema derecha en el departamento boliviano de Santa Cruz cumpliera con sus amenazas contra el gobierno de Morales, las tropas vенеzo-

lanas ayudarían a defender la democracia en Bolivia. Mientras tanto, los gobiernos de Venezuela, Costa Rica, Argentina, Uruguay y Bolivia han anunciado que dejarán de enviar estudiantes a la Escuela de las Américas (hoy Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica), el siniestro centro de entrenamiento policial y militar localizado en Fort Benning, Georgia, donde tantos conspicuos asesinos del continente aprendieron lo último en técnicas "antiterroristas", para luego implementarlas contra campesinos/as en El Salvador y obreros mecánicos en Argentina. Además de cerrar la base militar estadounidense, Ecuador también parece estar listo para cortar sus vínculos con esa escuela. Es difícil exagerar sobre la importancia de estos eventos, pero hay que decir que si los militares estadounidenses pierden sus bases y programas de entrenamiento, su poder para infligir *shocks* en el continente se verá seriamente deteriorado.

Los nuevos líderes en América Latina también se están preparando mejor para enfrentar el tipo de *shocks* producidos por los mercados volátiles, pues una de las fuerzas más desestabilizadoras de las recientes décadas ha sido la velocidad con la que el capital levanta el vuelo y se traslada a otro lugar; o la repentina caída en los precios de las materias primas que puede llegar a arrasar con todo un sector agrícola. En gran parte de América Latina estos *shocks* ya han ocurrido, dejando detrás fantasmales suburbios urbanos y enormes extensiones de antiguas tierras de cultivo inutilizables. La tarea de la nueva izquierda de la región, se ha convertido, entonces, en un asunto de rescatar los sectores dejados de lado por la globalización y volver a darles trabajo y porvenir.

En Brasil, el fenómeno se aprecia claramente con el millón y medio de campesinos/as del Movimiento Sin Tierra (MST), que han formado cientos de cooperativas para reclamar tierras no usadas. En Argentina, esto se percibe en el movimiento de "empresas recuperadas", 200 negocios insolventes que han sido resucitados por sus trabajadores/as, quienes las han convertido en cooperativas democráticamente conducidas. Las cooperativas no temen enfrentar un *shock* económico por la fuga de los inversionistas, porque estos ya se han ido.

El gobierno de Hugo Chávez ha hecho de las cooperativas en Venezuela una prioridad política de primer orden, les ha concedido el derecho de preferencia en contratos con el gobierno y les ha brindado incentivos económicos para comerciar entre sí. En 2006, había alrededor de 100.000 cooperativas en el país, que empleaban a más de 700.000 trabajadores, muchas de ellas forman parte de la infraestructura estatal –cabinas de peaje, mantenimiento de carreteras, centros de salud– que han sido entregadas a las comunidades para su administración. Es una lógica gubernamental inversa a la de la tercerización; en vez de rematar pedazos del Estado a las grandes compañías y perder el control democrático, se empodera a los usuarios/as de los recursos para que los manejen, con lo cual, al menos en teoría, se crea más empleo y, a la vez, servicios públicos más responsables. Por supuesto, los detractores de Hugo Chávez han ridiculizado estas iniciativas presentándolas como donaciones y subsidios injustos. Sin embargo, en una época en la que la Halliburton, que maneja desde hace seis años al gobierno de Estados Unidos como su cajero personal y ha ‘retirado’ más de 20 mil millones de dólares sólo en contratos para Irak, se rehúsa a contratar trabajadores locales en la Costa del Golfo o en Irak, y luego expresa su gratitud a los contribuyentes estadounidenses trasladando su matriz a Dubai (con los consiguientes beneficios tributarios y legales), los subsidios directos de Hugo Chávez a personas comunes parecen mucho menos radicales.

La protección más importante de América Latina frente a futuros *shocks* -y por ende a la *doctrina del shock*- proviene de la emergente independencia del continente de las instituciones financieras de Washington, que resulta de una mayor integración entre los gobiernos regionales. La Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA) es la respuesta del continente al Área de Libre Comercio de las Américas, el sepultado sueño corporativo de una zona de libre comercio que se extendería desde Alaska hasta la Tierra del Fuego. A pesar de que la ALBA aún se encuentra en sus etapas iniciales, el sociólogo brasileño Emir Sader la describe como “un perfecto ejemplo de comercio auténticamente justo: cada país provee lo que mejor produce

a cambio de lo que más necesita, independientemente de los precios del mercado global". Así, Bolivia provee gas a precios especiales estables; Venezuela ofrece petróleo altamente subvencionado a los países más pobres y comparte su experiencia en el desarrollo de reservas, y Cuba envía a miles de médicos que proporcionan servicios gratuitos de salud a todo el continente, a la vez que capacita a estudiantes de otros países en sus escuelas de medicina.

Este modelo es muy diferente al tipo de intercambio académico que comenzó en la Universidad de Chicago a mediados de los 50, cuando cientos de estudiantes latinoamericanos aprendían una sólo ideología rígida y eran enviados a casa para que la implementaran uniformemente en todo el continente. El principal beneficio es que la ALBA, en esencia, es un sistema de trueque en el que los países deciden por sí mismos lo que vale una determinada mercancía o servicio, en lugar de dejar que los negociadores de Nueva York, Chicago o Londres fijen los precios para ellos. Eso hace que el comercio sea menos vulnerable al tipo de fluctuaciones repentinas de precios, que tanto lesionaron las economías latinoamericanas en el pasado. Rodeada por turbulentas aguas financieras, América Latina está creando una zona de relativa calma y predictibilidad económica, una hazaña que se pretendía imposible en la era de la globalización.

Cuando un país enfrenta un déficit financiero, la creciente integración permitirá que este no necesariamente tenga que recurrir al Fondo Monetario Internacional o al Tesoro de Estados Unidos para ser rescatado. Y eso es bueno porque la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 de Estados Unidos deja en claro que, para Washington, la doctrina del shock aún está vigente. El documento estipula: "En caso de crisis, la respuesta del FMI deberá reforzar la responsabilidad que cada país tiene por sus propias opciones económicas... Un FMI reorientado fortalecerá las instituciones y la disciplina de mercado por encima de decisiones financieras. Este tipo de 'disciplina de mercado' solo puede ser aplicada si los gobiernos acuden a Washington en busca de ayuda". Como explicó el ex subdirector administrativo del FMI, Stanley Fischer, durante la crisis financiera asiática, el prestamis-

ta puede ayudar sólo si le pide que lo haga, “pero cuando [un país] se queda sin dinero, no tiene muchos lugares a dónde acudir”. Ese ya no es el caso; gracias a los altos precios del petróleo, Venezuela ha surgido como un prestamista principal para otros países en desarrollo, lo que les permitirá dar por terminadas sus negociaciones en Washington. Aún más importante, está también en marcha una alternativa regional a las instituciones financieras de Washington: el *Banco del Sur*, que concederá préstamos a los países miembros y promoverá la integración económica entre los mismos.

Ahora que pueden mirar a otro lado en busca de ayuda, los gobiernos de la región están esquivando al FMI y las consecuencias de ello son notables. Brasil, que por tanto tiempo estuvo encadenado a Washington con su gigantesca deuda, se ha rehusado a suscribir un nuevo acuerdo con el Fondo; Venezuela está considerando retirarse del FMI y del Banco Mundial; e incluso Argentina, antiguo “pupilo modelo” de Washington, es parte de la tendencia. En su Informe al Congreso en 2007, el Presidente Néstor Kirchner reveló que los acreedores extranjeros del país le habían anunciado: “Ustedes deberán suscribir un contrato con el Fondo Monetario Internacional para poder pagar la deuda. A esta aseveración les contestamos: ‘Señores, nosotros somos soberanos. Queremos pagar la deuda, pero de ninguna manera vamos a suscribir otro acuerdo con el FMI’”. Como resultado de ello el FMI, supremamente poderoso en los 80 y 90, ha dejado de ser una fuerza en el continente; en 2005, América Latina representaba el 80 por ciento de toda la cartera de préstamos del FMI, actualmente el continente solo representa el 1 por ciento: un cambio abismal en tan corto tiempo.

La transformación trasciende los límites de América Latina. En sólo tres años la cartera mundial de préstamos del FMI se contrajo de 81 mil millones de dólares a 11.8 mil millones de dólares, la mayor parte de los cuales pertenece a Turquía. El FMI, un paria en los países en donde ha manejado las crisis como oportunidades de lucro, está languideciendo.

Por su parte, el Banco Mundial también está enfrentando un futuro igual de precario. En abril de 2008, Rafael Correa informó que había suspendido todo préstamo del Banco y declaró al representante de la institución en el Ecuador *persona non grata*, un paso extraordinario. Dos años antes, explicó Correa, el Banco Mundial había utilizado un préstamo de 100 millones de dólares para lograr que se rechazaran medidas económicas dirigidas a redistribuir los ingresos del petróleo entre los sectores pobres del Ecuador. “El Ecuador es un país soberano y no permitiremos la extorsión de la burocracia internacional”, declaró. Evo Morales, por su parte, anunció que Bolivia se retiraría del tribunal de arbitraje del Banco Mundial, una instancia que permite a las multinacionales entablar juicios en contra de los gobiernos por medidas que les pudieran reducir sus beneficios. “Los gobiernos de América Latina, y creo que del mundo, jamás los ganan. Siempre resultan victoriosas las multinacionales”, aseveró Morales.

Cuando Paul Wolfowitz fue obligado a dimitir de la presidencia del Banco Mundial, en junio del 2007, fue evidente que la institución debió tomar medidas desesperadas para recuperarse de la profunda crisis de credibilidad que enfrentaba. En medio del *affair* Wolfowitz, el *Financial Times* relató que ahora, cuando los representantes del Banco Mundial asesoran en los países en desarrollo “se les rien en la cara”. Si a ello agregamos el colapso de las conversaciones en la Organización Mundial de Comercio en 2006 -que incitaron declaraciones en el sentido de que “la globalización ha muerto”-, pareciera que las tres principales instituciones responsables de imponer la ideología de la Escuela de Chicago, bajo el pretexto de la inevitabilidad económica, están en peligro de extinción.

Es lógico que la revuelta contra el neoliberalismo esté en su etapa más avanzada en América Latina. Como sujetos del primer laboratorio del *shock*, los latinoamericanos/as han tenido más tiempo para retomar su rumbo y entender cómo funciona esa política, esta comprensión es decisiva para adaptar una nueva política en tiempos de *shock*. Cualquier estrategia basada en explotar una oportunidad abierta por un shock traumático –tesis central de la doctrina

del shock– se basa fundamentalmente en el elemento sorpresa. Un estado de *shock*, por definición, es un momento en el que hay una brecha entre eventos que se suceden rápidamente y la información disponible para explicarlos. Sin embargo, en cuanto aparece una nueva explicación que ofrece una perspectiva de los eventos, nos reorientamos y el mundo nuevamente retoma su sentido.

Una vez que la mecánica de la doctrina del *shock* llega a ser profunda y colectivamente comprendida, es más difícil aplicarlas por sorpresa o confundir a comunidades enteras que ya se han vuelto resistentes.